

CARTA PASTORAL NÚMERO 44

- Después de las dos guerras mundiales del siglo XX, en las que murieron más de 70 millones de almas, siguió el proceso de reconstrucción de las naciones agredidas, pero lo más difícil de reconstruir fueron los corazones heridos por el odio, la venganza y la desesperación. La cultura de la muerte va socavando lentamente las bases de la civilización cristiana, asuzando a las nuevas generaciones a renegar de Dios y a promover la degeneración de las buenas costumbres, sembradas por el cristianismo en los antepasados.
- Monseñor Builes detalla el proceso de la corrupción en nuestro país. La única solución para encontrar la paz es volver a las raíces cristianas de la civilización.

24 de febrero de 1953

LA CORRUPCIÓN AVANZA

Monseñor Miguel Ángel Builes

Por la gracia de Dios y voluntad de la Santa Sede Apostólica, obispo de Santa Rosa de Osos, a nuestro venerable clero y a nuestros amados fieles, salud y bendición en nuestro señor.

Habiendo llegado la santa Cuaresma de este año de 1953, tiempo en el cual los obispos todos del orbe acostumbran dirigir especiales enseñanzas a sus hijos, en conformidad con las necesidades espirituales más apremiantes de su respectiva jurisdicción, no queremos que avance más este santo tiempo sin que os dirijamos nuestra instrucción pastoral de este año.

hacemos con espíritu eminentemente sobrenatural, presentando al Señor nuestros humildes votos por vosotros, a fin de que entendáis la palabra del Señor y la pongáis en práctica, para que así venga sobre vosotros la bienaventuranza asegurada por nuestro Señor cuando dijo: "Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan" (Lucas 11, 28).

Queremos hablaros algo sobre el estado actual del mundo y de Colombia, exponeros algunos de los grandes males que azotan nuestra patria y haceros comprender la urgencia de volver a Cristo.

I

Estado del mundo y de Colombia

Su pasado, su presente



Al hablar del pasado del mundo no queremos referirnos a las épocas de la defeción de nuestros primeros padres, quienes, por su desobediencia en los albores de la humanidad, hundieron a esta en los abismos del pecado y de sus consecuencias, que son la universalidad de los males que desde entonces padecemos.

Tampoco queremos referirnos el diluvio universal, castigo provocado por la deshonestidad de todos los hombres, pues toda

carne había corrompido sus caminos, menos del patriarca Noé y su familia, como reza el texto sagrado: *Omnis quippe caro corruperat viam suam*. ("Dios miró a la tierra y vio que estaba viciada" [Génesis 6, 12]).

Tampoco hablamos del horrendo castigo de fuego y azufre que redujo a cenizas la Pentápolis, por la misma causa que atrajo el diluvio: la corrupción de toda carne.

Ni vamos a ocuparnos de las innumerables guerras y otros flagelos con que el cielo ha castigado el mundo, desde el principio hasta los tiempos que corremos.

Queremos recordar solamente lo que ha pasado a la humanidad a partir de la conflagración de 1914, a la que siguió la Segunda Guerra Mundial, de 1939, trayendo una serie de males de orden material y moral, que no dejan al corazón abrirse a la esperanza, antes bien le encierran en el sepulcro de la desilusión y de los más siniestros presentimientos.

Se sembró el árbol del odio entre hermanos y el mundo se fue dividiendo poco a poco en dos porciones irreconciliables; los que reniegan de Cristo y los que le aman; las ideas anticristianas se abrieron paso en contra de la fe y de las divinas enseñanzas de Cristo; las costumbres se han depravado de tal suerte que casi se ha acabado el número de los que sirven a Dios, pudiendo decir con san Pablo: *Non est qui faciat bonum, non est usque ad unum*. ("No hay quien obre el bien, no hay siquiera uno" [Romanos 3, 12]). Y ya sabemos que por el desprecio de Cristo, de su doctrina y de sus ejemplos, el mundo va precipitadamente camino de la disolución.

A causa del veneno del odio, la superficie toda de la tierra se ha bailado en sangre desde Caín hasta los bandoleros de todas las naciones, millones de combatientes quedaron tendidos en los campos de batalla; la sangre de cristianos ha brotado a borbotones en los "anfiteatros" del martirizado México, en tiempo de Calles; de la martirizada España, en los días de Azaña; de la infortunada Rusia y sus satélites, en tiempo de Lenin y Stalin; de nuestra desgraciada patria, bajo el puñal, el fusil y el machete del bandolerismo liberal.

Como resultado de las ideas anticristianas, materialistas, liberales y comunistas, difundidas en libros, revistas, la radio y el cine y otros medios, en plazas y calles, en ciudades y burgos y por toda la faz de la tierra, la fe se ha apagado hasta casi desaparecer y los mandamientos divinos se han trocado en ludibrio de los hombres, hasta la negación misma de Dios y de su santa ley.

Esta negación de Dios, de que se queja David en uno de sus salmos: "Dice el necio en su interior: 'No hay Dios'. Están corrompidos, pervertidos, no hay quien haga el bien" (Salmo 14, 1, 53-2), es la que nos ha traído la crisis moral, cuyos funestos resultados en un futuro próximo no podemos siquiera barruntar.

Crisis moral hemos dicho. estudiemos someramente las causas, que no son otras que las que san Juan Evangelista nos trae cuando afirma que el mundo todo está puesto en malignidad, porque todo lo que hay en él es soberbia de la vida, concupiscencia de la carne y concupiscencia de los ojos (cf. 1 Juan 2, 16).

a) *Soberbia de la vida, que es la concupiscencia del espíritu*

Que vivan en la soberbia del espíritu los que niegan al Dios y rechazan su ley, se explica; pero que lo hagan los católicos, que se precian de hijos sumisos de Dios y de la Iglesia, es una paradoja incomprensible. Es a estos a quienes nos dirigimos en esta pastoral. Ellos no niegan de manera franca a Dios ni rechazan sus mandamientos, pero aceptan, sin embargo, ideas que hacen nugatoria la práctica de la ley moral.

Esas son las ideas del comunismo y una parte del actual liberalismo que, al tiempo que dice aceptar a Dios y toda la doctrina católica, vive en perpetua rebelión contra sus mandatos y rechaza la intervención del papa, de los obispos y de los sacerdotes en la dirección de las conciencias y en la política moderna, anticristiana, extraviada y torpe, y su injerencia en los negocios temporales y administrativos que tocan con los destinos eternos del hombre.

Soberbios del espíritu son también aquellos que dicen que la ley de Dios no es ya para nuestro tiempo y que esa misma ley divina debe acomodarse a la evolución del mundo y de las transformaciones modernas, pues no es lo mismo la época actual que los siglos de oscurantismo medieval, ni siquiera del siglo XIX. Los mandamientos de Dios no obligan en esta época de progreso incontenible, en este siglo de cambio radical de todas las cosas. ¡Qué miserable engaño! Puede cambiar todo, puede trastornarse la elíptica de los astros, pueden las sociedades humanas sufrir los cambios más radicales: entretanto, las leyes morales, como las leyes físicas, permanecen inmutables, como inmutable es Dios, por lo cual los mandamientos permanecen como la roca de granito cuando la azota el vendaval. No se adaptará, pues, la ley moral, impuesta por Dios a las exigencias del neopaganismo reinante.

b) *Concupiscencia de la carne*

La crisis moral que padecemos tiene como segunda causa la concupiscencia de la carne. Esta abarca, hoy, con caracteres de tragedia, todos los sectores de la sociedad. Víctima de la concupiscencia de la carne es la alta sociedad, víctima de ella es la clase media, víctima el inmenso pueblo.

La alta sociedad está deshecha por la lascivia. Díganlo las llamadas fiestas sociales, los bailes, las coronaciones de reinas, multiplicadas hasta lo infinito, venus desvergonzadas de la época actual, paganizada y entorpecida; díganlo las desnudeces de las modas, los libros y las revistas pornográficas, las novelas impúdicas, los cines y las radios deshonestos, que difunden por todo el mundo la impureza.

De la clase alta desciende a las clases media y baja, como una mancha de aceite maldito, el ejemplo de la inmundicia refinada que rebosa en ella. Y por eso los proletarios de todo el mundo y los obreros, quemados por el hambre canina del placer impuro, pasan por sobre las leyes de Dios, divinizando la carne, que va señoreando por los palacios y los clubes, los barrios de las ciudades y los pueblos, los cabarets y las cantinas. Se ultraja el matrimonio por el adulterio y se arroja la ignominia sobre la frente de víctimas inocentes por la fornicación y el concubinato; y, como si todo esto fuera poco, ahora como en la época del diluvio y de

la Pentápolis, los hombres se entregan a horribles vicios opuestos a la naturaleza, como lo reprobaba san Pablo en varias ocasiones, a los de su tiempo: *Neque masculorum concubitores, ... regnum Dei possidebunt*. ("Ni ni ultrajadores, ni explotadores heredarán el Reino de Dios" [1 Corintios 6, 10]). *Lex justo non est posita... sed masculorum concubitoribus*. ("... adúlteros, homosexuales, traficantes de esclavos, mentirosos, perjuros y para todo lo que se opone a la sana doctrina" [1 Timoteo 1, 10]).

Por fin, no obstante los apremiantes llamamientos del Pontífice en nombre de Dios, la humanidad entera se entrega al control de la natalidad y a métodos anticoncepcionistas que coartan la acción de Dios en la propagación del género humano y van degenerando y eliminando la raza con la consiguiente provocación de la ira de Dios. Todo esto por disfrutar del placer sin los cargos del deber.

La pasión impura, de suyo subyugante y esclavizadora, está siendo fomentada por numerosas empresas de inmoralidad, toleradas por nuestros gobernantes y por las autoridades, que tienen, sin embargo, como misión primordial el bien común de los asociados.

Uno de nuestros venerados hermanos en el episcopado, el excelentísimo señor arzobispo de Cartagena, los resume en el siguiente comprensivo párrafo: "Entre los muchos elementos inventados en los últimos tiempos, para pervertir las almas, como si al demonio ya no le bastaran para difundir el mal los baños mixtos en playas y piscinas, los bailes obscenos, las revistas y estampas pornográficas, las audiciones radiales abiertamente inmorales, las modas indecentes y tantos otros medios de perversión, se han venido a agregar los llamados *pic-ups* (entre nuestras gentes, *picots*) que por medio de sus altoparlantes seducen a la incauta juventud, al son de canciones exóticas y de música lasciva. Con frecuencia nos han llegado quejas de padres de familia cuyas hijas han sido víctimas de esta empresa de corrupción".

"A pesar de la circular enviada a los alcaldes, el 30 de noviembre de 1951, por el señor secretario de Gobierno departamental a este respecto, son muchos los pueblos y caseríos en que dichos aparatos hacen nugatorio el ministerio del sacerdote y esterilizan por completo su acción pastoral; puestos a todo volumen precisamente a la hora de las funciones religiosas, alejan del templo a los fieles, incitan al baile y las diversiones e impiden la predicación de la palabra divina. Idénticos males causan las llamadas 'academias de baile', acerca de las cuales tendríamos mucho que decir". Hasta aquí el señor arzobispo.

Este azote de los tocadiscos y de los altoparlantes, que ya no dejan vivir a los ciudadanos y que tantos males están causando, podría suprimirlo el Gobierno por medio de impuestos prohibitivos o de medidas drásticas que los suspendieran de una vez. ¿Lo hará?

Ni resistimos al deseo de transcribir las enseñanzas que sobre este punto de la concupiscencia de la carne dejó estampadas la venerable Conferencia Episcopal, sobre los concursos de belleza (e indirectamente sobre coronación de reinas) en la pastoral colectiva de 1951.

“¿Cómo no oprímiese nuestro corazón de pastores encargados de velar por la conservación de la fe y de las buenas costumbres, al comprobar los desacatos que se han cometido contra la decencia cristiana de la mujer en los concursos nacionales de belleza? En un principio, las jóvenes que tomaron parte en esta clase de torneos se preocupaban un poco más del recato y la dignidad femeninos, pero día tras día ha aumentado la desvergüenza y ha mermado el pudor. A esto se agrega la colaboración de la prensa para llevar las fotografías de tanta inmoralidad a todos los puntos, del país. Estos hechos dolorosos nos obligan a exclamar con el divino Maestro. *Vae mundo a scandalis. Vae homini per quem scandalum venit!* ‘¡Ay del mundo por los escándalos! Es forzoso, ciertamente, que haya escándalos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viniere el escándalo!’ (Mateo 18, 7)”.

“Felicitamos a las damas de varios departamentos, que se han negado a tomar parte en estos concursos nacionales de belleza. Invitamos a todas las mujeres cristianas del país para formar una cruzada nacional en favor de la decencia cristiana y, sobre todo, para que se abstengan de tomar parte en concursos, veraneos, piscinas mixtas, espectáculos y fiestas sociales, donde no esté salvaguardado por encima de todo el pudor cristiano. A los padres de familia recordamos que Dios les ha dado una participación de su autoridad divina, especialmente para que defiendan el tesoro de la fe y de las buenas costumbres, y que de sus negligencias tendrán que responder ante el divino Juez. Su santidad Pío XI, al hablar sobre este mismo tema, dice: ‘Los hombres católicos obran no solamente de una manera cristiana sino humana, cuando tienen entre manos este punto grave e importante, pues, si tienen el sentido de la nobleza y de la dignidad cristianas, deben ponerse de acuerdo para hallar la forma de detener esta corriente tan ruinosa y que tantas catástrofes lleva consigo’. Alocución del 12 de diciembre de 1926”.

“Esperamos que esta amonestación angustiada del Episcopado sea recibida con filial sumisión por madres e hijas, a fin de que no llegue el día en que se haga necesario apelar a medidas más severas, como ha sucedido en otros países, pues entre nuestras principales obligaciones pastorales está la de defender por encima de todo el sagrado patrimonio del decoro y de la dignidad de la mujer colombiana”.

“Hacemos una invitación paternal y encarecida a los periódicos y revistas que se precian de católicos, para que supriman las publicaciones de fotografías pornográficas, de manera especial los avisos de algunas empresas comerciales que abusan del desnudo femenino para hacer más sugestiva su propaganda. Igualmente, pedimos a los dueños de almacenes que se suprima la exhibición de maniqués que son un desacato a la moral de una sociedad cristiana”. Hasta aquí la pastoral colectiva.

¿Qué participación tendrán en estos gravísimos escándalos las autoridades que, diciéndose católicas, cooperan en concursos de belleza y en coronación de reinas a medio vestir, ya con discursos y dinero, ya colocando personalmente las coronas de farsa y de impudicia?

Bueno será recordar las concluyentes palabras de la alocución del sumo pontífice Pío XII a los artistas el año pasado. Que a menudo en las obras maestras del desnudo no se contempla y admira la belleza del desnudo sino el desnudo de la belleza. Esta tremenda verdad nadie

la negará, ya que los artistas y los no artistas, todos están afectados por la concupiscencia de la carne, consecuencia del pecado original.

El sentido cristiano de la castidad se ha perdido casi del todo en los días que corremos. Aun se ha llegado a afirmar que a la humanidad la rige hoy de una manera fatal, como el destino, el disfrute del goce sexual en cuyo derredor y para cuyo fin giran todas las actividades del hombre desde que llega a la pubertad. Este principio es falso, aunque se explique la realidad del hecho en la mayoría de los hombres, primero, porque se deja de lado el misterio de la gracia y, segundo, porque la civilización actual ha perdido el sentido de la finalidad humana.

Para la humanidad actual, el bienestar material se ha convertido en el objeto supremo de la existencia. Gozar, divertirse, posarlo bien. "Comamos y bebamos, gocemos de todos los placeres, que mañana moriremos".

Es el materialismo que niega la espiritualidad, oscurece la inteligencia, acoyunta la voluntad e impide al hombre mirar más arriba donde está Dios, nuestro principio y nuestro fin, supremo legislador, juez y remunerador. La divinidad suprema en esta mitad del siglo XX y la suprema ley es el placer. Erigido el placer como única norma de la vida, la sensualidad será la reina del hombre y de sus nobilísimas facultades.

En el mundo todo y en nuestra amada patria, hemos entrado en una crisis moral verdaderamente aterradora.

Transcribimos un párrafo de la pastoral del año pasado de monseñor Larraín, obispo de Talca (Chile): "Trazar el cuadro de nuestra decadencia moral en el campo de las costumbres no es cosa fácil ni breve. Pero ahí están al menos los signos que, como el trágico inglés, hacen exclamar: 'Algo huele a podrido en Dinamarca' ".

"La desnudez en el vestir de niñas y mujeres que pretenden llamarse cristianas, la desvergüenza en el hablar para tratar los temas más bajos de que el Apóstol dice: 'Ni siquiera se nombren entre vosotros'. La complicidad en aprobar o justificar actitudes que ofenden los principios fundamentales de la moral de Cristo, ¿no son signos claros de la podredumbre moral que nos corroe?"

"¿No es signo de paganismo la ceguera culpable de los padres que apartan a sus hijos de todo sacrificio o deber, y olvidan que la condición fundamental del cristianismo es negarse a sí mismo, cargar la cruz y seguir a Jesús?"

"¿Es exagerado hablar de crisis moral cuando se contempla como uno de sus signos más destacados la inconsciencia de tantos padres católicos frente a la educación moral de sus hijos? Díganlo, si no, el ningún control en las lecturas o espectáculos, la inmodestia en el traje de las niñas que las habitúa a la desnudez en la edad adulta, la complacencia con actitudes en el trato de jóvenes, que constituyen ocasión próxima del pecar, la forma de bailar que se permite y tantas otras complicidades que indican en los padres que se dicen

católico una falta de verdadero sentido cristiano de la educación y de la vida. Signo de esa corrupción es el escándalo que la niñez recibe de la prensa, en sus avisos inmorales, en sus narraciones sensacionales de crimen, en sus grabados que con frecuencia ofenden las más elementales normas de decencia. Y lo que es peor, no pocos de esos periódicos o revistas mezclan en híbrida unión esos grabados pornográficos con artículos o estampas religiosas, olvidando que no hay armonía posible entre Cristo y Belial”.

Transcribimos una circular del director general de Aduanas, para que sea más conocida y se obligue a los encargados al cumplimiento, a ver si no sigue entrando al país tanta pornografía. Pero hay que poner coto, igualmente, a las litografías colombianas que ayudaron a la inundación de almanaques de este año y otros objetos con figuras plenas de inmundicia.

“Señor administrador de la Aduana (Cartagena), para conocimiento de esa administración y a fin de que se proceda en conformidad, me permito informar, que la Ley 47 de 1933 (noviembre 28), aprobatoria de la convención internacional firmada en Ginebra el 12 de septiembre de 1923, considera como actos punibles. 1) Hacer, producir o poseer escritos, dibujos, impresiones pinturas, impresos, cuadros, carteles emblemas, fotografías, películas cinematográficas de carácter obsceno o cualesquiera otros objetos obscenos con fines o por medios comerciales, o para exhibirlos al público. 2) Con iguales fines, o por iguales medios, importar o exportar o transportar cualquiera de dichos objetos obscenos o ponerlos en circulación en cualquier forma que fuere. Consecuencialmente, las mercancías comprendidas dentro de los anteriores términos son de prohibida importación y su introducción al país debe ser considerada como de contrabando, debiéndose, por tanto, proceder a su decomiso, aun cuando tales objetos estén amparados por el respectivo registro de cambio y demás documentos de rigor. Atentamente, (fdo.), Ramiro Araújo Grau, director general de Aduanas. - 29 de agosto de 1952”.

c) *Concupiscencia de los ojos*

Dijo nuestro Señor en el Sermón de la Montaña: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mateo 5, 3). No significa esta bienaventuranza que no se tengan riquezas si se quiere ser bienaventurado, sino que no se apegue a ellas desordenadamente el corazón. Pero aquí radica el mal: los que tienen riquezas hacen de ellas su dios, porque con ellas pueden disfrutar más fácilmente de todos los placeres; los que carecen de ellas están ambicionando tenerlas por cualquier medio, odian a los ricos y los consume la envidia del bien ajeno. Así en todos, ricos y pobres, anida la codicia inmoderada de los bienes terrenos.

También sobre esta, con respecto de la concupiscencia de la carne, se ha proclamado el principio de que la economía se rige solo por leyes económicas, sin tener en cuenta para nada las leyes morales. La concepción materialista de la economía ha hecho que en el mundo moderno se levante un segundo dios: el dios dinero, en el mismo pedestal del dios placer. El argumento neopagano se puede formular así: el fin de la existencia es el placer sin limitación alguna; el dinero es indispensable para poder disfrutar en toda su extensión

e intensidad de los placeres; luego, el empeño de todo hombre debe ser el de acumular riquezas sin cuento y sin medida y por todos los medios de que pueda disponer.

Se entiende así con claridad meridiana cómo la codicia es la raíz de todos los males (cf. 1 Timoteo 6, 10), por lo cual dijo el Señor: "¡Ay de vosotros, los ricos!" (Lucas 6, 24). "Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el Reino de Dios" (Lucas 18, 25). Bienaventurados los pobres...

Pío XII pide que haya menos ricos en número y en haberes, y menos pobres, y agrega: "Los bienes creados por Dios deben llegar con equidad a todos, según los principios de la justicia y de la caridad".

Estas dos virtudes exigen que todas las actividades económicas se sujeten a la ley general. De otro modo se robaría a los individuos o a la colectividad. La especulación, el juego y la usura son obstáculos gravísimos para la salvación de muchos.

De los especuladores que sin trabajar hacen subir los precios de las cosas, dice gráficamente Pío XII que son "nuevos Caínes que en la inmensa calamidad en que ha caído la familia humana; no ven más que una ocasión propicia para enriquecerse deshonestamente, explotando la necesidad y la miseria de sus hermanos, alzando indefinidamente los precios para procurarse ganancias".

¿Qué diremos del lujo? En Colombia se observan dos polos a distancias astronómicas: casas, palacios numerosos al estilo del que poseía el rico Epulón; tugurios infelices donde habitan por millones los pobres Lázarus. Damas vanidosas que para las fiestas sociales o los reinados y carnavales se medio cubren de riquísimas sedas y holanes, al paso que millares y millones de hijos de Dios se mueren de frío y desnudez; grandes comilonas a precios altísimos y finos licores en los clubes y en las casas elegantes, mientras millares y millones de hombres, mujeres y niños maldicen, blasfeman y sucumben víctimas del hambre.

He aquí las consecuencias de la codicia y uno de los motivos de la actual crisis moral que estamos padeciendo.

II

Otros gravísimos males de nuestra patria

En nuestra patria hay otros muchos grandes males, que nos proponemos siquiera enumerar y que exigen pronto y eficaz remedio.

1. *La embriaguez.* Muchas páginas hemos escrito contra la embriaguez pero sin resultado alguno favorable para nuestra amada patria, por la razón (que es más bien una sinrazón) de que el Estado cantinero necesita de esa renta de maldición para sufragar los gastos departamentales y municipales. Se engaña a sí mismo el Estado porque con el dinero que le entra por este veneno de los cuerpos y de las almas no alcanzará jamás a pagar los gastos que demandan en las cárceles, los que hieren y matan al influjo del alcohol; en los hospitales, los heridos y los desechos humanos que produce el alcohol; en los manicomios, los que se

enloquecen por su propia culpa o la de sus padres y ancestros que les comunicaron, con una vida raquílica, estúpida e infeliz, las taras alcohólicas; en los hogares, las esposas y los hijos que mueren de hambre, desnudez y pesadumbre.

Para hacer un cálculo de los males que se ciernen sobre nuestra patria o que ya caen sobre ella como latigazos de infamia, damos a conocer dos datos escalofriantes:

La prensa de principios de este año informó que en el solo mes de diciembre de 1952 y en el solo departamento de Antioquia se consumieron en bebidas embriagantes \$ 2.578.680,00 moneda corriente Y se dice que no fue Antioquia la que más alcohol ingirió. Si hacemos un cálculo aproximado del consumo en los 16 departamentos, poniendo un promedio de 2 millones de pesos, en números redondos, sacaremos la trágica conclusión de que en Colombia se consumieron en bebidas alcohólicas en el solo mes de diciembre 40 millones de pesos, lo que equivale a 400 millones, por lo menos, en el año de 1952.

Nuestro supremo Gobierno está en la gravísima obligación de contener la ruina ya casi inevitable de la patria y recordar que la suprema ley es la salud del pueblo, ley que está obligado a expedir y a cumplir ya mismo, sin plazo alguno ni demora. *Salus populi, suprema lex.*

2. *El Protestantismo.* El segundo mal gravísimo es el del protestantismo, que prosigue furioso en su lucha esforzada por arrebatarnos la fe y con ella nuestra nacionalidad, nuestra libertad, nuestra independencia. No nos cansaremos de recordar a nuestros gobernantes sus obligaciones gravísimas al respecto. El día en que, por su descuido o por debilidad o por no perder determinados mercados en el concierto de las naciones, deje que arranquen al pueblo la fe católica, ese día sucumbirá con la fe la patria. Al respecto, nos atrevemos a preguntar muy respetuosamente a quienes quieran contestarnos: ¿qué significa el hecho de que en Peque, parroquia de nuestra Diócesis, cuando los bandoleros la destruyeron de manera absoluta, inclusive el templo recién construido, la casa cural y el archivo parroquial, y volvieron añicos las sagradas imágenes, en todo el humeante caserío no quedaron en pie sino la capilla protestante y la escuela protestante?

Nuestro Gobierno sabe que el protestantismo simpatiza con los bandoleros y los ayuda; ¿cómo, pues, permite que prosigan en su propaganda?

3. *La disidencia.* Un tercer mal se cierne amenazante sobre nuestras cabezas para derrocar el Gobierno, ayudar al liberalismo comunista e impedir la paz que tanto anhelamos: es la disidencia, que espíritus ambiciosos e inconformes del conservatismo, apoyados por la prensa liberal y los dirigentes de ese partido antirreligioso, están sosteniendo para lograr con sus anhelos de gloria la ruina de nuestras cristianas instituciones.

El hombre ambicioso no aprende las duras lecciones de la historia. ¿Qué ocasionó la tragedia de Colombia en estos últimos 23 años? ¿Cuál fue el primer paso que se dio para que en este período se haya perseguido tan cruelmente a la Iglesia y para que el robo, el incendio y el asesinato se extendieran como un pabellón de ignominia y de dolor sobre toda la superficie de la patria? Fue la disidencia de aquel entonces.

Con razón el santo y sabio pontífice León XIII y sus sucesores en el pontificado han condenado con toda energía las disidencias en las naciones católicas, condenación que cae sobre la actual, sean quienes fueren los ciudadanos que la formen. Que no olviden que todo reino dividido será destruido. Que no olviden que una disidencia estuvo a punto de hundir la República, peligro que aún subsiste y que decidiría de la religión y de la patria si la disidencia actual cobrara fuerza.

4. *El bandolerismo.* El bandolerismo, he aquí el cuarto azote que viene sufriendo la República desde el 9 de abril de 1948. También sobre este flagelo hemos hablado en nuestras pastorales pasadas; pero como aún no ha podido ser eliminado, bueno es que recordemos que en México, España y Rusia comenzó la sangría persecutoria por los simples campesinos y gentes del pueblo para cumplir las órdenes de los jefes Calles, Azaña y Stalin, para después eliminar millares y millares de laicos inocentes, emprenderla contra los representantes de Cristo y de la Iglesia para así destruir la religión y suprimir a Dios.

Los jefes sanguinarios de nuestra patria dieron instrucciones de sevicia y crueldad a que no llegaron sus maestros de aquellas tres naciones y de los pueblos situados tras la Cortina de Hierro.

Por lo demás, si no han asesinado hasta hoy sino media docena de sacerdotes, es por consigna, mientras llega la hora ansiada de exterminarlos a todos, como llegó en aquellos países. Cuatro cardenales, 163 obispos, millares de sacerdotes e incontable número de fieles forman esa larga fila de los mártires del siglo XX en Europa oriental y parte de Asia.

En Colombia no se han contado todavía las víctimas, pero es altísimo su número en tan pocos años.

En la región de Ituango, nos cuenta uno de nuestros sacerdotes, encontró el cadáver humeante todavía de un anciano feligrés suyo. Las manos cortadas por entre los dedos hasta la muñeca daban la horrible sensación de unos larguísimos dedos sangrantes, cortada totalmente la cabeza de un machetazo y partido al fin por la mitad a golpes de hacha, de alto a abajo, como lo había sido hace muchos siglos con serrucho el santo profeta Isaías. Bien se ha venido cumpliendo aquel pasaje de san Pablo "Soportaron la prueba de burlas y azotes... Fueron apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras; se vieron faltos de todo" (Hebreos 11, 36-38).

Otro párroco nos relataba el martirio horrendo de un joven que fue seminarista, de 13 años de edad: abierta a cuchillo la piel de la cabeza desde la coronilla hasta la nuca, y luego de la coronilla por la frente y el rostro hasta el cuello, desolláronlo replegándole la piel sobre ambos hombros con crueldad infernal, entre gritos de indecible dolor de parte de la víctima. Luego le cortaron los brazos y la cabeza.

5. *La división.* En Colombia, esta división en partidos que llaman tradicionales y que constituye el quinto de los males inmensos que padecemos, nos sugiere la idea de algún sistema que venga a suplirlo y que deje a la izquierda de manera absoluta y definitiva a los que se visten

de comunismo, aunque se llamen liberales y permita a los hombres poetas y cristianos de ese partido pertenecer de veras a la Iglesia sin obstáculo de principios anticristianos. Sería el corporativismo. Así se cancelarían tantos odios, rencores tan hondos, venganzas tan macabras, tanto dolor, tanta sangre y tantas lágrimas.

En nuestro carácter de obispo católico, propugnamos cálidamente por el establecimiento de este sistema. "Una democracia corporativa u orgánica sería el medio para eliminar dos defectos de una democracia individualista pasada de moda hace ya muchos lustros. Las corporaciones o gremios que haya en la nación podrían elegir sus representantes al concejo municipal, a las asambleas y a las cámaras, como acaban de proyectarlo para el senado los miembros de la Comisión de Estudios Constitucionales, como lo sugirió en hora feliz el gran presidente titular para el Senado de la República".

Si tuviéramos el corporativismo o democracia gremial en nuestros cuerpos legislativos, se pondría cortapisa a la politiquería sectaria, que ha sido uno de los grandes flagelos de la patria y "su maldición por siglo y medio".

Ojalá nuestros constituyentes dispongan que nuestras corporaciones legislativas sean elegidas por los gremios profesionales, con exclusión absoluta de los partidos políticos. Así ganarán la religión, la patria y los ciudadanos.

III **Urgencia de volver a Cristo**

"Restaurarlo todo en Cristo", era el empeño del beato Pío X. Que la humanidad vuelva sus ojos a Dios fue el sentido de la alocución navideña de 1952 de nuestro santísimo padre Pío XII. Volver la humanidad a Dios porque el hombre necesita de Dios, ha sido la quintaesencia de los sermones del padre Lombardi, "el micrófono de Dios", como se le ha llamado, eco del grito de Dios que llama a los hombres a volver a Cristo.

El mismo nuestro Señor lo había dicho con estas dulcísimas palabras: *Venite ad Me*. "Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os proporcionaré descanso" (Mateo 11, 28).

Para la humanidad atormentada, envuelta en desolación, circundada de penas, no hay otro remedio que Dios, no hay otra tabla de salvación que Cristo: *Venite ad Me* "Venid a mí".

Si no hay más salvación que en Cristo, vuelvan los hombres a Cristo. "En Yahvé está la salvación", dice el salmo tercero (9). "No pongáis la confianza..., en un ser humano, incapaz de salvar, dice el Salmo 146 (3). En los Hechos de los apóstoles se lee: "Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos" (Hechos de los apóstoles 4, 12).

¿A quién ha de acudir, pues, la humanidad en esta hora trágica? ¿A los placeres? Vanidad de vanidades los llama Salomón. ¿A las riquezas? El orín y la polilla las consumen, dice nuestro

Señor. ¿A los hombres? Son ellos consoladores onerosos, sujetos como nosotros al dolor, a las enfermedades, a la muerte. ¿Acudiremos a la ciencia? Solo hay una que salva: la ciencia de Dios. ¿A los inventos modernos? Cada invento nuevo sepulta a los antiguos; como los hombres se han alejado de Dios, su inteligencia se consume en buscar los medios de destruir a los demás. Testigos las terribles armas modernas, las destructoras bombas atómica y de hidrógeno. La frase de los antiguos: *homo homini lupus*, "el hombre es un lobo para el hombre", está teniendo su más cabal cumplimiento en la época moderna. Solo Dios puede salvar al hombre y, sin embargo, el hombre no quiere volver a Cristo.

Si Cristo es todo en todas las cosas, según la expresión de san Pablo, ¿cómo no acudir a Cristo? ¿Cómo no volver a Dios?

Volved, pues, amados hijos nuestros, volved a Cristo vuestros ojos. Restaurad vuestra vida cristiana individual, familiar y de sociedad para que Él viva, reine e impere en vuestros corazones, en vuestros hogares y en la sociedad por el amor, antes de que tenga que implantar su autoridad y demostrar su poderío por la justicia y la implacable restauración de sus derechos. Solo por Cristo y volviendo totalmente a Él, podrá el mundo salvarse. De otro modo perecerá.

La presente pastoral será leída en varios domingos, según sea preciso, con los comentarios convenientes.

Dada en Santa Rosa de Osos, a 24 de febrero, día de San Matías apóstol, del año de 1953.

+ Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos